

CRÓNICA

MONTE DE CHILA Y LAS MASACRES OLVIDADAS DE MÉXICO*

Nathaniel Morris
Itzel Adelita Olivo Vázquez
Thom Rath
Aníbal Santiago
Benjamin T. Smith

El 29 de enero de 2023, decenas de activistas y campesinos se reunieron en la plaza del pueblo de Patla, enclavado entre los bosques nubosos y las barrancas de la Sierra Norte de Puebla. Animados por la creación del nuevo Mecanismo para la Verdad y el Esclarecimiento Histórico, estaban allí para contar una historia. Cincuenta años atrás, cientos de soldados habían llegado a este remoto rincón del estado, rodearon la comunidad campesina de Monte de Chila y mataron sistemáticamente a sus habitantes, incluso mujeres y niños. Después acamparon en las ruinas durante tres meses, dejando que los animales salvajes se llevaran muchos de los cadáveres. Las estimaciones sobre los muertos difieren, algunos hablaban de unos 80, otros de más de 300.¹

* N. Morris, investigador independiente; I. A. Olivo Vázquez, *Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*; T. Rath, *University College London*; Aníbal Santiago, periodista independiente; Benjamin T. Smith, *University of Warwick*.

¹ Heriberto Hernández, “Matanza de Monte de Chila debe ser esclarecido”, *El Sol de Puebla* (30 ene. 2023).

México es un país con un largo legado de masacres respaldadas por el Estado. Los soldados aniquilaron pueblos rebeldes durante la Revolución de 1910-1920, aplastaron a los estudiantes radicales y a las guerrillas campesinas en las décadas de 1960 y 1970, y han sido acusados de ejecuciones masivas extrajudiciales en el marco de la “guerra contra los cárteles”. Pero en medio de una competencia extremadamente dura, se destacó la historia de Monte de Chila. En primer lugar, quedaba casi completamente desconocida. Los periódicos de la época consideraron el conflicto como un breve tiroteo entre el ejército y una banda de presos fugados de la cárcel de Xicotepec.² Las menciones posteriores se limitaron a unas pocas líneas en un puñado de historias.³ En segundo lugar, la escala de la atrocidad hizo que Monte de Chila fuera mucho más sangriento que cualquiera de los otros asesinatos en masa de la Guerra Fría en México. De hecho, la convirtieron en la peor masacre dirigida por el Estado desde el final de la Revolución.

Más allá de los titulares, la historia también afectaba directamente a la historiografía sobre la Guerra Fría en general. Durante décadas, las autoridades afirmaron que México se distinguía del resto de América Latina. No había Guerra Sucia, como en Chile, Argentina, Guatemala, Brasil o El Salvador. La Revolución y la Reforma Agraria habían vacunado a los campesinos contra los atractivos de las insurgencias al estilo cubano.⁴

² *El Porvenir* (29 ene. 1970); *El Informador* (29 ene. 1970); *El Nacional* (29 ene. 1970); *La Prensa* (29 ene. 1970); *Ovaciones* (29 ene. 1970); *El Sol de Puebla* (29 ene. 1970); *Novedades de Puebla* (29 ene. 1970); *El Diario de Puebla* (29 ene. 1970). Los únicos periódicos que dieron una versión diferente fueron *La Opinión de Puebla* (29 ene. 1970); *Excelsior* (29 ene. 1970); *El Impacto* (8 abr. 1970); *El Correo de México* (1^o mar. 1970).

³ BARTRA, *Los nuevos herederos de Zapata*, pp. 140-141; YANES RIZO, *Historia viva Ixtepec*, pp. 47-48. NETZAHUALCOYOTZI y FURLONG, “Organizaciones”, p. 10.

⁴ SCHERER y MONSIVÁIS, *Los patriotas*. Para una excelente introducción a la historiografía, véanse CEDILLO, “Memorias y desmemorias” y CEDILLO y CALDERÓN, “Análisis de la producción historiográfica”.

Al mismo tiempo, el Estado posrevolucionario había afirmado el control civil sobre el ejército. El último general que ocupó el cargo de presidente dimitió en 1946; el gobierno militar nunca fue una opción, y el gasto militar era inferior al de cualquier otro país latinoamericano, salvo Costa Rica.⁵ Sin embargo, en el año 2000 se puso fin a la hegemonía unipartidista. Vicente Fox asumió el poder y se abrieron los archivos del ejército y los servicios secretos. Durante la década siguiente, periodistas, historiadores e investigadores de dos comisiones de la verdad examinaron minuciosamente los documentos.⁶ Descubrieron al menos 29 ejércitos guerrilleros con miembros en casi todos los estados.⁷ Además, develaron el funcionamiento del tipo de aparato estatal represivo –repleto de calabozos de tortura, grupos paramilitares, vuelos de la muerte y su propio patois oscuro y cómplice– que resultaba familiar al resto de América Latina.⁸ En 2012, los investigadores estimaron que entre 1965 y 1982 el Estado había asesinado al menos a 3 000 insurgentes.⁹ México tuvo una Guerra Sucia.

En la última década, los historiadores han ido aún más lejos. Han empezado a revelar que el Estado mexicano persiguió a otros grupos, además de las guerrillas formales, como trabajadoras sexuales, ladrones de bancos, productores de drogas,

⁵ RATH, “Camouflaging the State”, p. 95.

⁶ Véase Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMSOPP), “Borrador del Informe de la Guerra Sucia (2006). NAVARRETE GORJÓN, NORIEGA GARCÍA, GONZÁLEZ RUIZ, FUENTES GARCÍA y MORALES CARRANZA, “Informe Final de Actividades”; tratamientos a nivel nacional incluyen CASTELLANOS, *México armado*; CONDÉS LARA, *Represión*; MONTEMAYOR, *La violencia de estado*; SIERRA GUZMÁN, *El enemigo interno*; OIKIÓN y GARCÍA UGARTE (eds.), *Movimientos armados*; BELLINGERI, *Del agrarismo armado*.

⁷ RODRÍGUEZ KURI, *Historia mínima de las izquierdas*, p. 78.

⁸ MCCORMICK, “The Last Door”; Jacinto Rodríguez Munguía y José Reveles, “Toda la verdad sobre los vuelos de la Muerte”, *Fábrica de Periodismo* (26 nov. 2023), <https://fabricadepperiodismo.com/investigaciones/toda-la-verdad-sobre-los-vuelos-de-la-muerte/>

⁹ CEDILLO y CALDERÓN, “Introduction”, p. 8.

activistas indígenas, políticos de izquierdas y campesinos invasores de tierras.¹⁰ Y han empezado a rastrear cómo podía hacerlo el Estado, a través de redes informales de funcionarios federales, policías locales y sicarios autónomos.¹¹ Estas investigaciones culminaron con la creación de una tercera comisión para la verdad –el llamado Mecanismo para la Verdad y el Esclarecimiento Histórico– en 2021. Ésta tiene un mandato mucho más amplio que sus predecesoras y ha impulsado múltiples foros públicos.¹² En pueblos remotos como Patla, testigos y víctimas comenzaron por primera vez a hablar públicamente sobre el trato que recibieron a manos del Estado. Uno de los dos informes resultantes se centraba explícitamente en estas víctimas no-tradicionales. Concluía que “la violencia se ejerció tanto contra la insurgencia clásica como contra una amplia gama de disidencias o comunidades con diversas características”.¹³ El informe fue el primer documento oficial en reconocer los asesinatos de Monte de Chila. Aunque, lamentablemente, la sección correspondiente se vio socavada por inexactitudes fácticas (incluida la falta de ortografía de Monte de Chila), un trabajo de campo apresurado, la negativa a admitir la violencia empleada por los campesinos y

¹⁰ OVALLE, “Estado y represión”; OVALLE, *Instantes sin historia*; ARENAS AGIS, “Movimiento social”; RAMÍREZ, “Indigenous Worldmaking”; SMITH, *The Dope*, pp. 265-322; Carlos S. Maldonado, “The terror of being trans during Mexico’s Dirty War: ‘They knocked out my teeth and broke my eardrums, they raped and killed us’”, *El País* (6 mayo 2023). <https://english.elpais.com/international/2023-05-06/the-terror-of-being-trans-during-mexicos-dirty-war-they-knocked-out-my-teeth-and-broke-my-eardrums-they-raped-and-killed-us.html>.

¹¹ AVIÑA, “Grupo Sangre”.

¹² “¿Qué es el Mecanismo para la Verdad y el Esclarecimiento Histórico?”, <https://www.meh.org.mx/que-es-el-mecanismo-para-la-verdad-y-el-esclarecimiento-historico/>

¹³ *Informe final del Mecanismo*, vol. 1, p. 34. Para una discusión sobre los informes del Mecanismo, véanse los ensayos de Adela Cedillo, Alex Aviña, Ariel Rodríguez Kuri y Benjamin T. Smith en *Nexos* (26 ene. 2025).

la falta de voluntad para llegar a una conclusión sobre el alcance final de la masacre.¹⁴

Sin embargo, México parece ahora mucho más cercano al resto de América Latina, donde “utopías de masas” en pugna condujeron a “la politización e internacionalización de la vida cotidiana y los encuentros familiares” y a sucesivas oleadas de rebelión y represión.¹⁵ O para decirlo sin rodeos, puede que México no haya sido Guatemala, pero en ocasiones partes de él, como Monte de Chila, sí lo fueron.¹⁶

Al investigar lo ocurrido en Monte de Chila, este artículo se basa en dicha historiografía. Pero también la cuestiona. Las microhistorias de masacres, basadas en una mezcla de documentos oficiales y testimonios orales, son siempre incómodas. Desentierran historias turbias e íntimas; ponen al descubierto tensiones étnicas y de clase; desafían los fáciles binarios morales; y revelan las mentiras que nos contamos a nosotros mismos para hacer frente a verdades difíciles.¹⁷ Monte de Chila, como descubrimos, era la historia de una masacre estatal, pero también una que no encajaba fácilmente en la narrativa establecida de movilización social y represión oficial. Cuanto más escarbábamos, más se revelaban otras historias enterradas de violencia, crimen y connivencia.

Investigar la violencia de la Guerra Sucia en México es una tarea difícil. La principal institución represiva de México, el ejército, entregó una selección de archivos al Archivo Nacional a principios de la década del 2000. Pero a medida que han

¹⁴ *Informe final del Mecanismo*, vol. 1, pp. 59-65. Entregamos nuestros hallazgos sobre Monte de Chila, pero parece que no hubo tiempo de incorporarlos al informe final.

¹⁵ GRANDIN, *The Last Colonial Massacre*, p. 17.

¹⁶ Para una comparación véase CEDILLO, “Perspectiva comparativa”.

¹⁷ Para tres ejemplos contemporáneos TURATI, *San Fernando*; AHMED, *Fear is Just a Word*; Ginger Thompson, “How the U.S. Triggered a Massacre in Mexico”, *ProPublica* (12 jun. 2017). Para un ejemplo histórico véase HERBERT, *La casa del dolor ajeno*.

aumentado las críticas a las estrategias militares represivas, se han estancado los avances hacia un mayor acceso. A pesar de la creación del Mecanismo para la Verdad en 2021, las puertas del archivo se han quedado firmemente cerradas. Los archivos de los servicios secretos ofrecen vías más prometedoras, pero también tienen límites. Los sistemas de acceso y catalogación son tan enrevesados y cambian con tanta frecuencia que es casi como si algunos administradores del Archivo General de la Nación no quisieran que los investigadores investigaran los crímenes de Estado. Además, incluso cuando los investigadores pueden acceder a los documentos, a menudo resultan decepcionantes. La principal agencia de espionaje, la Dirección Federal de Seguridad, carecía claramente de poderes y personal, al menos hasta principios de la década de 1980; sus agentes tendían a concentrarse en las ciudades más que en el campo; y la mayoría de los funcionarios eran matones en primer lugar y recolectores de información en segundo.¹⁸ Otras posibles vías también están restringidas. Los archivos presidenciales, que ofrecen información crucial sobre el periodo inmediatamente posterior a la Revolución, no están catalogados desde 1964. El archivo de educación, que durante finales de los años noventa y principios de los 2000 ofreció a los historiadores una visión real de las relaciones entre el Estado y la sociedad, es ahora inutilizable. El archivo estatal de Puebla fue saqueado por el gobernador en turno durante la masacre de Monte de Chila. Y los periódicos, con algunas excepciones, estaban centrados en la ciudad y fuertemente controlados por las autoridades.¹⁹

Investigar la violencia de la Guerra Sucia en un lugar como Monte de Chila supone un reto aún mayor. Incluso hoy en día, el lugar está a, al menos, ocho horas en automóvil de la capital del estado, Puebla. En 1970, el viaje habría durado dos días en

¹⁸ AGUAYO, *La Charola*.

¹⁹ Sobre la prensa en Puebla, véase PAXMAN, "Changing Opinions".

autobús y a lomo de mula, por caminos de tierra y senderos que se volvieron intransitables durante gran parte de la temporada de lluvias. La cuestión de la jurisdicción sobre Monte de Chila también es complicada. Aunque la mayor parte de la zona pertenece oficialmente al término municipal de Jopala, parte de sus tierras también son reclamadas por al menos otros tres municipios. Por último, incluso hoy en día muchos de los habitantes más antiguos de los alrededores de Monte de Chila son hablantes monolingües de la lengua tutunakú (totonaca). Tal alejamiento físico y cultural de los centros urbanos en los que se concentraba la burocracia mexicana ha tenido múltiples repercusiones. Los organismos estatales que se ocupaban de esas zonas rurales rara vez llegaban a Monte de Chila. La sección del Instituto Nacional Indigenista (INI) encargada del “desarrollo” de las comunidades indígenas de la Sierra Norte de Puebla parece haber ignorado el lugar en favor de otras comunidades de habla náhuatl y otomí más accesibles de la región. Otra rama del Instituto Nacional Indigenista, con un enfoque más especializado en los totonacos, tenía su sede en el estado de Veracruz y por ende también ignoró a los que vivieron alrededor de Monte de Chila, al otro lado de la frontera con Puebla.²⁰ Y los ingenieros del departamento agrario sólo visitaban la zona esporádicamente. Cuando lo hacían, corrían el riesgo de ser detenidos, secuestrados o pasarles algo aún peor.²¹

En consecuencia, para investigar la masacre nos vimos obligados a utilizar una mezcla heterodoxa de investigación de archivo, compromiso con la comunidad y periodismo. Había algunos rastros de archivo, en un puñado de periódicos críticos, documentos militares tirados en el Archivo General antes del

²⁰ Véase, por ejemplo, AHINPI, Fondo Documental, exps. 21/1, 21/29, 21/50 21/57, y 21/95. No hay nada sobre los municipios totonacos de Puebla en sus informes.

²¹ AGA, Buenos Aires, SRA, Dotación, exp. 1361, José Pacheco a DAAC, 2 de abril de 1971.

reciente cierre, y cartas de los escasos ingenieros agrónomos lo bastante valientes como para enfrentarse a la Sierra. Pero la mayor parte del material lo recogimos de testimonios orales. Éstos los obtuvimos en parte por medio de la vinculación con la universidad indígena local, la Universidad Intercultural del Estado de Puebla (UIEP) en Huehuetla. La UIEP difundió nuestro interés en hablar con personas que recordaran la masacre y querían dar su testimonio; luego, seguimos las sugerencias de los entrevistados, la llamada “técnica de la bola de nieve”. En ocasiones, actuamos como periodistas, preguntando a los habitantes del pueblo si conocían a residentes mayores que nos pudieran ayudar con la investigación.

La historia de Monte de Chila es un acontecimiento de difícil acceso, donde la oralidad se convierte en parte indispensable al juntar las piezas de este rompecabezas. Pero descubrimos que estos testimonios orales presentaban sus propios problemas. Sin duda, recurrir a la Universidad Intercultural tenía sus pros y sus contras. El rector tenía un gran interés personal en el caso y en la historia local de las comunidades totonacas en general y, a través de sus alumnos y exalumnos, tenía contactos en toda la sierra. Claro que esto pudo haber sesgado el tipo de entrevistados que se presentaron. El rector estaba interesado en el caso, en parte, porque su padre, quien simpatizaba con los agraristas de la región, le había contado sobre el hecho. Sin embargo, al final, las entrevistas rápidamente revelaron diversas perspectivas.

Para empezar, los diferentes puntos de observación ofrecían distintas perspectivas de los acontecimientos. Chicontla se encontraba en la carretera principal que venía de Xicotepec, y la gente recordaba con cierto detalle los diversos convoyes militares que pasaron y la ocupación militar generalizada del pueblo como campamento. Filomeno Mata, justo al otro lado de la frontera, en Veracruz, proporcionó pocos detalles sobre las idas y venidas militares, pero ofreció más información sobre el cercano lugar de la masacre. El pueblo de África, llamado así por

su abundancia de animales salvajes, se alza sobre unas colinas con una hermosa vista de la meseta; desde aquí los habitantes veían aviones y helicópteros sobrevolando durante horas. Por supuesto, las interpretaciones de los acontecimientos también variaron, como veremos.

El artículo se divide en dos secciones. En la primera presentamos algunos de los retos de la investigación de los asesinatos cometidos por el Estado, relatamos una breve historia de Monte de Chila y establecemos lo que allí ocurrió a principios de 1970. En la segunda sección explicamos lo que esta historia significa para la historia de la Guerra Sucia mexicana, la Guerra Fría latinoamericana y la violencia en las comunidades campesinas en general.

¿QUÉ OCURRIÓ EN MONTE DE CHILA?

El miércoles 28 de enero de 1970, en un lugar llamado Monte de Chila, ubicado en el municipio de Jopala en la Sierra Norte de Puebla ocurrió una matanza. Campesinos, “agraristas”, soldados y una fértil tierra fueron los protagonistas. Era el paisaje ideal para incentivar la lucha de tierras. Dos versiones de la historia de Monte de Chila siguen vigentes hoy en día y son marcadamente diferentes. En la versión relatada por los activistas reunidos en Patla en 2023, cientos de soldados atacaron a familias pacíficas y desarmadas de campesinos ocupantes ilegales, mataron a decenas de personas, entre ellas mujeres y niños, y luego acamparon entre los restos hasta que los animales se llevaron muchas de las partes de los cuerpos. En la versión oficial, una fuerza militar mucho más pequeña se enzarzó en un tiroteo con una banda de fugados de la principal prisión regional de Xicotepec. Habían estado aterrorizando a la población local, robando ganado, violando a mujeres y matando a comerciantes. En consecuencia, nuestra primera tarea consistió en averiguar qué había ocurrido realmente. Para ello había que plantearse tres preguntas

distintas: ¿quiénes eran las personas acampadas en esa remota región de la Sierra Norte de Puebla? ¿Por qué los atacó el ejército? Y, quizá la más pertinente, ¿a cuántas personas mataron?

¿QUIÉNES ERAN?

Para entender la identidad de las víctimas de la masacre, es necesario comprender un poco más la geografía y la historia de Monte de Chila. Incluso ahora sigue siendo un lugar extraño. Se trata de una meseta situada en el extremo oriental de la Sierra Norte de Puebla, junto a la frontera con Veracruz, llana y fértil, a 600 metros sobre el nivel del mar y con una extensión de unas 3 500 hectáreas. Rodeada de montañas escarpadas y profundos barrancos, debería ser el centro de la economía de la región. En cambio, está completamente deshabitada. Cafetales desamparados, asolados por oleadas de enfermedades, salpican el paisaje.²² En la mayor parte de la meseta vuelve la selva húmeda. En el centro de la meseta hay una señal solitaria que indica el camino a la antigua casa de la plantación. Está cubierto de agujeros de bala y rodeado de casquillos vacíos. Era el lugar donde los miembros del cártel de los Zetas practicaban tiro al blanco y enterraban cadáveres hasta que los lugareños estuvieron a punto de linchar a los líderes y echarlos de la región.²³

Esta sensación de embrujo se remonta a la historia de Monte de Chila. Durante la primera época colonial, fue uno de los centros de la Sierra Totonaca. En el siglo XVI, sus ricas y fértiles tierras sustentaban dos prósperas poblaciones, Chila y Matlatlán. Cada uno contaba con una iglesia y una casa señorial, y según Bernardo García Martínez, en 1568 Chila albergaba a

²² Entrevista con Carlos Morales, noviembre 2023 (no usamos los nombres reales de los testigos por cuestiones todavía de seguridad).

²³ Entrevista con Juan Díaz, noviembre 2023.

más de 1 500 personas.²⁴ Pero a finales del siglo XVIII sobrevino el desastre. En 1789, una epidemia asoló a ambos pueblos y mató a más de tres cuartas partes de la población. Los supervivientes huyeron a la cercana aldea de Chicontla, donde se vieron obligados a alquilar tierras a sus nuevos vecinos. Después, no quisieron volver a Chila. El cura local pensaba que el “clima cálido y húmedo” generaba enfermedades, mientras que los lugareños creían –y siguen creyendo– que el lugar estaba maldito.²⁵ En consecuencia, la extensa y frondosa meseta permaneció deshabitada hasta mediados del siglo xx, aunque pueblos de mestizos, totonacas y algunos nahuas rodeaban la zona por todas partes.

En la década de 1930, la sociedad de esta región de la Sierra Norte de Puebla tenía cuatro estratos sociales diferenciados. En las ciudades más grandes, como Xicotepec, Zacatlán, Huauchinango y Teziutlán, vivía una élite mestiza hispanohablante. Se especializaban en el comercio, poseían grandes tiendas y dirigían extensos trenes de hasta 500 mulas que transportaban y comerciaban con productos por toda la Sierra, así como hacia el sur, hasta Puebla, y hacia el este, hasta Veracruz. A finales de la década, este grupo había empezado a comprar parcelas de las tierras comunales de los pueblos locales para plantar cafetales.²⁶ Por debajo de los mestizos urbanos, los miembros de una clase subordinada de mestizos rurales formaban las élites de la mayoría de los pueblos de la región. Dominaban la propiedad de la tierra en gran parte de la Sierra y, desde los años cuarenta hasta los sesenta, se especializaron en la cría de ganado. Eran, en lenguaje

²⁴ ACUÑA, *Relaciones geográficas*, t. 2, pp. 260-266; GARCÍA MARTÍNEZ, *Los pueblos de la Sierra*, p. 322.

²⁵ APC, Libro de Gobierno, 1.

²⁶ VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, *Cuando los arrieros*, cap. 3; MARTÍNEZ SALDAÑA, “El caso de los finqueros”; BRAVO MARENTES, *Arrieros somos*; MASFERRER KAN, “Campesinización y expansión capitalista”, p. 35; AGA, El Encinal, CAM, exp. 2756, leg. 1, Informe de terrenos afectables, 24 de marzo de 1969.

popular, rancheros.²⁷ Por debajo de los rancheros estaban los arrieros de la Sierra. Por lo general eran de ascendencia totonaca, pero debido a su trabajo también hablaban español y quizá dos o hasta tres lenguas indígenas más. Combinaban el trabajo asalariado para los grandes comerciantes de la región con un poco de comercio propio. Desempeñaban un papel crucial, aunque olvidado, en el comercio y la política de la región, llevando noticias de pueblo en pueblo y traduciendo entre las diferentes clases y etnias.²⁸ Por último, estaban los jornaleros totonacas monolingües. Pudieron haber sido los habitantes originales de la región, pero ahora carecían de tierras y trabajaban como jornaleros para los rancheros o en las plantaciones de azúcar a ambos lados de la Sierra. En municipios como Jopala, representaban alrededor de 45% de los habitantes. En otros municipios más estratificados, como Olintla, representaban 84 por ciento.²⁹

Durante muchos años —por lo menos desde la época porfiriana— las relaciones entre estos grupos se habían regido por una “economía moral” en la que la quietud campesina era recompensada con la protección paternalista de los terratenientes. Ellos pagaban salarios a los jornaleros, les concedían préstamos y les arrendaban tierras por sumas asequibles o permitían una gran variedad de acuerdos de aparcería. A cambio, esperaban deferencia social, votos, apoyo político y servicio militar en grupos armados locales dirigidos por la élite en tiempos de necesidad.³⁰ Estas relaciones funcionaban con independencia del poder estatal y al margen de los marcos jurídicos oficiales, e incluso implicaban un elemento de ilegalidad. Los transgresores

²⁷ VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, *Cuando los arrieros*, p. 45.

²⁸ BRAVO MARENTES, *Arrieros somos*.

²⁹ VIII Censo General de Población. 1960.

³⁰ SCOTT, *The Moral Economy*. Para un análisis detallado y explícito sobre el funcionamiento de estos sistemas en dos zonas próximas al Monte de Chi-la, véase FALCÓN, *Revolución y caciquismo*; SCHRYER, *Ethnicity and Class*, pp. 108-116.

de la economía moral –en ambos bandos– podían esperar represalias violentas (e ilegales). Al mismo tiempo, el sistema también permitía –o incluso esperaba– un cierto nivel de subversión de bajo nivel de “las reglas”, infracciones que recordaban a todo el mundo los límites del buen comportamiento. Entre ellas se encontraban los robos ocasionales, la sustracción de fondos, el incumplimiento de ciertas obligaciones, las peleas de borrachos e incluso ciertos tipos de asesinato (como matar en nombre del honor).³¹ El cumplimiento de las obligaciones de trabajo comunal –la faena– era técnicamente ilegal en el México posrevolucionario y, sin embargo, una piedra angular de los sistemas sociopolíticos locales en toda la Sierra Norte; asimismo, pocos campesinos tenían licencias legales para portar armas de fuego y, sin embargo, es evidente que la mayoría de los habitantes de la región poseían armas.³²

Sin embargo, los arreglos socioeconómicos que prevalecían en esta parte de la Sierra Norte de Puebla comenzó a debilitarse en la década de 1930 cuando, en plena Reforma Agraria posrevolucionaria, algunos jornaleros totonacos empezaron a reclamar las tierras fértiles de Monte de Chila que antes de la llegada de los rancheros mestizos les había pertenecido a ellos de forma comunal. En 1935, la gente sin tierra de Buenos Aires solicitó una dotación estatal de tierras (o ejido), alegando que estaban “obligados a vender [su] mano de obra a bajo precio”.³³ Al año siguiente, el cercano pueblo de Francisco Osorno hizo una petición similar.³⁴ Estas solicitudes fueron polémicas; precipitaron una primera ronda de violencia entre campesinos indígenas sin tierra y rancheros mestizos, quienes se sintieron

³¹ GREENBERG, *Blood Ties*, pp. 61, 75, 151, 174.

³² SMITH, “Communal work”, pp. 273-298.

³³ AGA, CAM, Dotación, exp. 1290, Buenos Aires, Jopala, Puebla, leg. 1. Vecinos de Buenos Aires, julio de 1935.

³⁴ AGA, CAM, Dotación, exp. 1326, Francisco Osorno, Hermenegildo Galeana, Puebla, leg. 2. Vecinos de Francisco Osorno, 22 de junio de 1936.

sus propiedades y por ende, su modo de vida y privilegios “tradicionales”, amenazados por la reforma agraria.³⁵

Durante las dos décadas siguientes, los rancheros también pagaron a ingenieros agrónomos para retrasar la recuperación y redistribución de las tierras de la zona.³⁶ Mientras tanto, ellos mismos reclamaron la propiedad legal del territorio de Monte de Chila. Entre 1947 y 1966, por ejemplo, miembros de tres grandes familias ganaderas –los Hernández, los Luna Barrios y los Guerrero Carballo– compraron 560 hectáreas de las mejores parcelas de Monte de Chila y empezaron a criar ganado en ellas.³⁷ El movimiento formaba parte de la amplia expansión de la ganadería (o “ganaderización”) que se extendió por México durante el periodo y alcanzó su punto álgido a finales de la década de 1970, cuando 40% de la tierra cultivada del país se destinaba a la ganadería. Las líneas del conflicto empezaban a dibujarse.³⁸

A mediados de la década de 1950, muchos de los jornaleros sin tierra de la región se habían cansado de seguir esperando una dotación de ejidos por la vía gubernamental. En cambio, igual que muchos otros campesinos mexicanos de mediados de siglo, decidieron empujar al Estado a la acción por medio de la invasión de las tierras por ellos mismos.³⁹ En 1955, unas 40 familias de los pueblos de Buenos Aires y Francisco Osorno se marcharon a la meseta de Monte de Chila, instalaron sus chozas

³⁵ AGN, *Lázaro Cárdenas del Río*, 541/827, Concepción Monroy de Chávez a Cárdenas, 17 de febrero de 1936.

³⁶ AGN, SEDENA, Garantías, c. 98 exp. 545-1971, Salvador Bojórquez Urías a DAAC, 14 de agosto de 1972.

³⁷ AGA, CAM, Dotación, exp. 1326, Francisco Osorno, Hermenegildo Galeana, Puebla, leg. 2. Lista de dueños de Monte de Chila, 1966.

³⁸ BARTRA, *Los nuevos herederos*, p. 29; BOBROW-STRAIN, “Between a Ranch”; VILLAFUERTE, GARCÍA y MEZA, *La cuestión ganadera*; MASFERRER KAN, “Los indios del norte”, p. 8. Para un ejemplo profundo de la Huasteca al norte de Monte de Chila, véase SCHRYER, *Ethnicity and Class*.

³⁹ PADILLA, *Rural Resistance*.

de madera y empezaron a cultivar maíz, frijoles, chiles y jitomates.⁴⁰ Dos años más tarde lanzaron una petición oficial para que el gobierno reconociera su asentamiento y su título legal sobre las tierras de Monte de Chila. Bautizaron su aldea putativa con el nombre de su antiguo líder, Isauro Villalba, que había sido emboscado y asesinado por pistoleros rancheros dos años antes.⁴¹

Entre 1960 y 1970 la comunidad de esos “paracaidistas” se duplicó o hasta triplicó. Algunas de las razones de este crecimiento fueron estructurales. En los pueblos vecinos, el crecimiento demográfico se combinó con las bajas necesidades de empleo de la ganadería para producir una nueva generación joven de trabajadores rurales totonacas sin tierra ni empleo.⁴² En lugares como Bienvenido, por ejemplo, en 1960 alrededor de un tercio de los jornaleros tenían entre 15 y 19 años.⁴³ Pero la política también desempeñó un papel clave. En primer lugar, en 1965 llegaron a la región ingenieros del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización. Tras estudiar la zona, propusieron una solución audaz: la división de las tierras de Monte de Chila entre lo que se reconocería como el nuevo núcleo de población ejidal de Isauro Villalba y otros dos ejidos colindantes ya existentes. Después de tres décadas de espera, parecía que los campesinos sin tierra de la región iban a conseguir por fin lo que querían.

En segundo lugar, también hacia 1965, militantes de la rama radical de la Central Campesina Independiente (CCI), que en ese momento seguía siendo la organización campesina de izquierdas autónoma más importante de México, llegaron a la región.⁴⁴

⁴⁰ AGN, SEDENA, Garantías, c. 98, exp. 545-1971, CEA a gobernador O’Farrill, 6 de julio de 1972.

⁴¹ *Diario Oficial* (23 ago. 1960).

⁴² Una hectárea de cafetales necesita 100 horas de trabajo; una hectárea de ganado necesita 2. BOBROW-STRAIN, “Between a Ranch”, p. 172.

⁴³ *VIII Censo General de Población. 1960.*

⁴⁴ Timothy Henderson sostiene que a finales de los sesenta, la CCI estaba infiltrada, dividida y era inútil. Dolores Trevizo cree que muchos miembros más radicales de la CCI pasaron a la clandestinidad, organizándose en secreto

Aunque muchos procedían de las ciudades más grandes de la Sierra, empezaron a visitar las comunidades más pequeñas y las animaron a organizarse, a establecer nuevos núcleos de población y a invadir las tierras de los rancheros.⁴⁵ Monte de Chila se había convertido en un modelo. Según las entrevistas, en la propia meseta los dos principales miembros de la CCI eran Bernardino Villordo y su sobrino Fermín. Pertenecían a una familia relativamente acomodada de campesinos mestizos de Zacatlán, pero también eran verdaderos creyentes en la misión agraria de la Revolución.⁴⁶ Ellos “trataron de despertar a la gente para que fuera a la comunidad [precarista de Isauro Villalba]”. Y ofrecieron el incentivo no sólo de las tierras, sino también de la liberación de las faenas (servicio comunitario no remunerado) en que los obligaron a participar los caciques de sus pueblos.⁴⁷

Los incentivos funcionaron. En 1969, la comunidad paracaidista de Isauro Villalba había pasado de unas pocas docenas de chabolas a un pueblo en funcionamiento. Los habitantes habían construido una escuela y una iglesia y colocado un mástil con una bandera mexicana en el centro de la comunidad.⁴⁸ Habían saqueado algunas reliquias de las ruinas de la iglesia colonial e incluso celebraban una fiesta anual en honor del santo del

en muchos pueblos remotos. El ejemplo de Monte de Chila y otras regiones parece indicar lo segundo. HENDERSON, “Rural Unrest”; TREVIZO, *Rural Protest*, pp. 109-116; ALARCÓN CAMPOS, “Violencia y resistencia”, pp. 236-238; DUQUESNOY, “Cuando ardía la Huasteca”.

⁴⁵ AGN, SEDENA, Garantías, c. 97, 1231-1965, Informe, 3 de agosto de 1965; Nazario Escamilla a Presidente, 21 de enero de 1965; Informe de Joaquín Vázquez Huerta, 17 de febrero de 1965; Informe de José María Cortés, 12 de junio de 1965.

⁴⁶ *La Opinión de Puebla* (17 feb. 1970); Entrevista con Esteban Calles, noviembre 2023; Entrevista con Manuel Arízpe, noviembre 2023; Entrevista con Ernesto Gómez, noviembre 2023; Entrevista con Hernán García, noviembre 2023.

⁴⁷ Entrevista con Ángel Becerra, noviembre 2023.

⁴⁸ Entrevista con Ernesto Gómez, noviembre 2023.

pueblo.⁴⁹ Los arrieros que pasaban por Monte de Chila transportando café y otros productos de la Sierra oriental a los principales centros comerciales de Zacatlán y Xicotepec, estimaban que ahora había un mínimo de 150 casas y entre 400 y 600 hombres, mujeres y niños viviendo en Isauro Villalba y sus alrededores. Se trataba de un grupo diverso procedente de al menos una docena de los pequeños pueblos que rodean la meseta.⁵⁰ Incluso los ganaderos locales admitieron que tenían pocas opciones cuando se trataba de los ocupantes ilegales. “Había tantos allí, ¿qué podíamos hacer? No podíamos moverlos [...] llegó el momento que se juntaron como 400 ya, este, ya entonces ya estábamos perdidos los dueños de los terrenos, ¿verdad? ¿Quién, quién los saca?”.⁵¹

En cambio, la historia del gobierno de que fueron los fugados de las cárceles quienes poblaron la meseta no cuadra. Hubo una gran fuga de presos en Xicotepec en mayo de 1969 (no en octubre, como afirmaba el comunicado de prensa del gobierno después de la masacre).⁵² No fue un acontecimiento inusual. Ya había ocurrido otra fuga masiva en 1967, y otra le seguiría en 1971. Normalmente había tres guardias para unos 150 presos. Los lugareños bromeaban diciendo que “era más fácil salir que entrar en la cárcel”.⁵³ Y la mayoría de los presos que huyeron en 1969 fueron capturados poco después.⁵⁴ Es posible que algunos otros sí logaran esconderse en los parajes salvajes de Monte de Chila. Aun así, ninguno de los hombres que fueron asesinados o

⁴⁹ Entrevista con Alfonso Rodríguez en OLIVO VÁZQUEZ, “Y por la tierra la vida”.

⁵⁰ Entrevista con Hernán García, noviembre 2023; Entrevista con Ernesto Gómez, noviembre 2023; Entrevista con Pablo Cruz, noviembre 2023.

⁵¹ Entrevista con Antonio Fernández, marzo 2024.

⁵² *El Sol de Puebla* (29 mayo 1969).

⁵³ *Novedades de Puebla* (21 jun. 1969); AGN, SEDENA, Garantías, c. 98, exp. 545-1971, 3 de enero de 1972, Informe al General de Brigada.

⁵⁴ *Novedades de Puebla* (21 jun. 1969).

encarcelados tras la masacre aparece en la lista oficial de los presos evadidos de la prisión en 1969.

A simple vista, la población de Monte de Chila estaba formada por jornaleros pobres, sin tierra, predominantemente totonacos, que pedían tierras. Eran agraristas, aunque, múltiples testimonios indican que ésta no era toda la historia. Algunos de los ocupantes ilegales complementaban claramente la agricultura con el bandidaje y el robo. Estaban liderados por Idelfonso Sánchez Márquez, que pertenecía a una familia mestiza relativamente elitista del pueblo de Buenos Aires. Pero era un forastero. Los lugareños afirmaban que había sido expulsado del pueblo por matar a su propio hermano y lo describían como “un malhechor”, “un hombre con pocos amigos” y “responsable de muchos asesinatos”. A mediados de los sesenta, dirigía a un grupo de pistoleros que saqueaban los ranchos, los arrieros y el ganado de los alrededores de Monte de Chila. En 1966, la banda trabajó como asesinos a sueldo, matando a Ignacio de la Cruz, propietario de un pequeño alambique en las afueras de Buenos Aires, por encargo de un rival.⁵⁵ Hernán García, un vaquero de Chicontla que trabajaba en uno de estos ranchos, recuerda que en sólo dos años el grupo robó y mató al menos a 18 de las 40 reses que cuidaba.⁵⁶ Erasto Avilés, un ganadero de Buenos Aires, asegura que mataron al menos a media docena de pobladores en los meses previos a la masacre. “Cada semana encontrábamos otro cadáver en la carretera de salida del pueblo.”⁵⁷

A pesar de estas acusaciones, también parecía haber un lado claramente social en este bandolerismo.⁵⁸ Los estancieros más ricos, especialmente los que entrevistamos en Buenos Aires,

⁵⁵ Entrevista con María de la Cruz, noviembre 2023

⁵⁶ Entrevista con Hernán García, noviembre 2023.

⁵⁷ Entrevista con Erasto Avilés, noviembre 2023.

⁵⁸ Sobre bandidos sociales véanse HOBSBAWM, *Bandits*; KNIGHT, *Bandits and Liberals*, cap. 1.

condenaron a los bandidos por violentos e indiscriminados. Pero los arrieros más pobres eran más optimistas. Para ellos, el bandolerismo en Monte de Chila funcionaba casi como un impuesto local. Si “pasaba algún amigo [los de Monte de Chila] preguntaban ‘¿qué tienes?’”. “Sólo unas galletas.” “Ándale, danos una bolsa o dos.” Pero si alguien que no conocían o alguien que trabajaba para las grandes caravanas de mulas cruzaba el pueblo, lo paraban, le robaban y luego no le dejaban pasar. “No nos gustan ni tú ni tu jefe. Y ninguno puede pasar ya que estos ranchos son nuestros.”⁵⁹ Aquellos paracaidistas que coqueteaban con el robo también se centraban en bienes prácticos concretos. “Empezaron a robar mercancía, principalmente el cartón corrugado que se usaba para empaçar cerveza. Lo utilizaban para construir los tejados de sus casas.”⁶⁰

Si algunos de los paracaidistas se dedicaban a una especie de bandolerismo social pragmático, otros tenían ideas más elevadas. Según varios entrevistados, algunos miembros de la CCI, entre ellos Bernardino Villordo, compraban armas de fuego en una armería de Zacatlán y las llevaban a la comunidad paracaidista.⁶¹ Porfirio González recuerda que su padre, un miembro de la CCI de Huauchinango, solía esconder rifles en sacos de maíz y pasarlos de contrabando a lomo de mula al Monte de Chila.⁶² Se trataba de una práctica claramente establecida de la CCI. Sólo tres años antes, los soldados habían descubierto otro alijo de armas de la CCI escondido detrás de un cementerio a la entrada de la Sierra Norte de Puebla, en Zaragoza.⁶³ No está claro si estas armas se utilizaban simplemente en defensa propia o si se guardaban para una futura rebelión. La autodefensa

⁵⁹ Entrevista con Hernán García, noviembre 2023.

⁶⁰ Entrevista con Pablo Cruz, noviembre 2023.

⁶¹ Entrevista con Esteban Calles, noviembre 2023.

⁶² Entrevista con Porfirio González, abril 2024.

⁶³ AGN, SEDENA, Garantías, c. 97, 1231-1965, Informe, 11 de octubre de 1966.

era claramente necesaria. En la década entre 1958 y 1969, al menos diez miembros de la comunidad habían sido asesinados por pistoleros rancheros.⁶⁴ Pero la insurgencia también era una opción. Al norte de Monte de Chila, en la Huasteca hidalguense, los miembros de la CCI tomarían las armas a mediados de los años setenta y formarían un ejército guerrillero.⁶⁵

A finales de la década de los sesenta, los habitantes de Monte de Chila pertenecían a tres grupos superpuestos. Estaban los jornaleros totonacos sin tierra, provenientes de decenas de pueblos de los alrededores de la meseta. Estaban los bandidos sociales, como Idelfonso Sánchez Márquez, que poco a poco iban acabando con el ganado fino de los rancheros. Y estaban los miembros radicales de la CCI, que consideraban la posibilidad de una revuelta armada. No cabe duda de que había tensiones entre estos grupos. Muchos de los ocupantes ilegales querían llegar a un acuerdo con los rancheros. De hecho, campesinos totonacos como Alfonso Rodríguez, de Buenos Aires, afirmaron que de 1967 a 1969 les pagó una renta a los propietarios legales para poder quedarse en sus tierras.⁶⁶ Pero los radicales de la CCI querían enfrentarse a los rancheros, dejar de pagar la renta y obligar al gobierno a entregarles las tierras en forma de una dotación oficial de ejidos.

En 1969 las tensiones entre la comunidad precarista y los rancheros, arrieros y pequeños propietarios de los alrededores de Monte de Chila llegaron a su punto más álgido. A principios de año llegaron a Buenos Aires unos funcionarios agrarios con la tarea de levantar un censo de los que pedían tierras, de acuerdo con la solicitud más antigua para la dotación de ejidos en Monte de Chila, que se había originado allí en 1935. Pero

⁶⁴ AGN, SEDENA, Garantías, c. 98, exp. 545-1971, CEA al gobernador O'Farrill, 6 de julio de 1972.

⁶⁵ ALARCÓN CAMPOS, "Violencia y resistencia", pp. 235 ss.

⁶⁶ Entrevista con Alfonso Rodríguez en OLIVO VÁZQUEZ, "Y por la tierra la vida".

los líderes agraristas de la zona, incluso Idelfonso Sánchez, Miguel Andrés Zaragoza y Antonio de Jesús, se negaron a ser censados, porque ya no tenían interés en la antigua solicitud de tierras de Buenos Aires; quisieron que el gobierno les dotara directamente de los terrenos en Monte de Chila que ahora reclamaron al amparo de una solicitud más reciente para el reconocimiento de un nuevo centro de población ejidal, es decir, el asentamiento de Isauro Villalba en medio del mismo Monte de Chila.

Mientras tanto, los rancheros, arrieros y pequeños propietarios de Buenos Aires también rechazaron cualquier proceso de Reforma Agraria oficial, asegurando a los funcionarios agrarios que “ya tenemos propiedad privada” y señalándoles las ubicaciones y extensiones de los lotes que aún reclamaron como suyos. La combinación de negaciones de estos dos partidos, por lo demás opuestos, llevaba al gobierno federal a negar “por improcedente” varias solicitudes antiguas para dotaciones de las tierras de Monte de Chila, y dio a los rancheros de la región la oportunidad de reafirmar su posesión legal de los terrenos ahora ocupados por los “paracaidistas” del asentamiento de Isauro Villalba.⁶⁷

¿POR QUÉ ATACÓ EL EJÉRCITO?

Las versiones sobre lo que ocurrió a finales de enero de 1970 también difieren de manera significativa. Según la versión gubernamental, los soldados entraron en Monte de Chila el 28 de enero de 1970 para detener a un grupo de presos fugados. Según la versión campesina, los ganaderos habían pagado a los soldados para que echaran a los ocupantes ilegales de sus tierras porque

⁶⁷ AGA, CAM, Dotación, exp. 1290, Buenos Aires, Jopala, Puebla, leg. 1, Epigmenio Tepayalt Paredes, al secretario de la Comisión Agraria Mixta, 14 de marzo de 1969; Acta firmada por Herlindo Martínez Márquez, presidente municipal de Jopala, 28 de febrero de 1969.

se habían negado a pagar el alquiler. La realidad, sin embargo, no era tan simple. De hecho, se encuentra a medio camino entre ambas versiones.

Todos los entrevistados afirmaron que los soldados no llegaron el 28 de enero. De hecho, un pequeño escuadrón de unos 30 soldados llegó cuatro días antes, el 24 de enero.⁶⁸ Los dirigía un notorio comandante militar del cuartel local de Xicotepec, Benigno Marín Martínez.⁶⁹ Estaban allí para hacer detenciones. Semanas antes, algunos de los ocupantes ilegales de Monte de Chila habían robado y matado a un arriero, Leonel Calderón. Según algunos entrevistados, su hermana se había dirigido al comandante militar de Xicotepec y le había pedido que detuviera a los responsables.⁷⁰

Pero Pablo Cruz, antiguo arriero, dio una explicación más detallada y plausible. Afirmó que el propietario de la recua de mulas, Ramón González, estaba furioso porque los ocupantes ilegales habían robado 12 000 pesos a su arriero. Así que se fue a Xicotepec. Cuando llegó, le presentaron al candidato presidencial, Luis Echeverría, que estaba en su gira de campaña por la Sierra. Tras la denuncia de González, Echeverría ordenó a la base militar local que enviara un pequeño escuadrón y detuviera a los bandidos.⁷¹ Cuando escuchamos por primera vez la historia del exarriero, dudamos. ¿Qué posibilidades había de que el controvertido candidato a la presidencia de México y autor de tantas de las masacres de la Guerra Sucia del país estuviera

⁶⁸ El único informe de la DFS dice lo mismo. AGN, Dirección Federal de Seguridad (DFS), exp. 100-19-1-70, H 149, L 21. 28 de enero de 1970.

⁶⁹ Entrevista con Ernesto Gómez, noviembre 2023; Entrevista con Manuel Arizpe, noviembre 2023. Decenas de denuncias sobre la corruptibilidad, brutalidad y apoyo a los terratenientes de Marín se encuentran en los archivos de la SEDENA en poder del AGN.

⁷⁰ Entrevista con Alfonso Rodríguez en OLIVO VÁZQUEZ, “Y por la tierra la vida”; Entrevista con Manuel Arizpe, noviembre 2023; Entrevista con Antonio Fernández, marzo 2024.

⁷¹ Entrevista con Pablo Cruz, noviembre 2023.

realmente en este remoto rincón de la Sierra en ese preciso momento? Seguramente se trataba de otro caso de personalización del Estado mexicano por parte de un ciudadano mexicano.⁷² Pero una rápida revisión de los periódicos reveló que Echeverría había llegado a Xicotepec el 22 de enero de 1970 como parte de su campaña presidencial.⁷³ Bien pudo haber ordenado el ataque militar inicial. De hecho, parece extremadamente improbable que el comandante militar residente hubiera enviado a 30 soldados a un remoto rincón de las montañas sin el aliento del candidato visitante.

Quienquiera que diera la orden, las tropas llegaron a la comunidad de ocupantes ilegales de Monte de Chila a primera hora de la mañana del día 24. Éste fue el momento crucial. En lugar de entregar a los asesinos del joven arriero, algunos de los paracaidistas dispararon contra los soldados. Mataron a un teniente, a un soldado raso y a un policía estatal que los acompañaba. Otro soldado moriría de sus heridas al día siguiente.⁷⁴ Tras un prolongado tiroteo, el comandante consiguió sacar a las tropas restantes de la meseta y devolverlas a la base de Xicotepec. Ahora el ejército quería vengarse. Según un soldado, entrevistado por un autor e historiador local, “la orden vino directamente del Departamento de Defensa”. Era necesario que “se respetara a los de verde”.⁷⁵

En consecuencia, hacia la medianoche del 27 de enero empezaron a llegar cientos de tropas a los pueblos que rodean la meseta. En Chicontla, uno de los testigos contó al menos 40 camiones militares. Llevaban fusiles y ametralladoras fijas. Y contaban con el apoyo de cobertura aérea.⁷⁶ Según el único documento de los

⁷² Entrevista con Erasto Avilés, noviembre 2023.

⁷³ *El Nacional* (4 feb. 1970).

⁷⁴ AGN, Dirección Federal de Seguridad (DFS), exp. 100-19-1-70, H 149, L 21, 28 de enero de 1970.

⁷⁵ Entrevista con Manuel Arizpe, noviembre 2023.

⁷⁶ Entrevista con Ernesto Gómez, noviembre 2023.

servicios secretos relativo al acontecimiento, había al menos 320 soldados y cinco aviones. La mayoría provenía de los batallones 26 y 7 de infantería con bases en Xicotepec y Poza Rica.⁷⁷ La idea era rodear e inmovilizar a los ocupantes ilegales. Así que partieron de cuatro puntos alrededor de la meseta. Finalmente llegaron a la comunidad a las 7 de la mañana. En ese momento se produjo un tiroteo.

Según los lugareños, que oían el ruido de las ametralladoras y las explosiones de las granadas, duró cinco horas. Décadas después, los lugareños recordaban los hechos como una “guerra”. Algunos afirmaban que los aviones lanzaron bombas; otros, que dejaron un rastro de napalm.⁷⁸ Ambas cosas parecen improbables, aunque no inviables. El ejército mexicano utilizó bombardeos aéreos para tomar el remoto pueblo triqui de Cruz Chiquita en 1954.⁷⁹ Y los soldados colombianos apoyados por Estados Unidos ya habían utilizado napalm en las zonas rurales de la República de Marquetalia en 1964.⁸⁰ Algunos testigos del pueblo de África sí recordaron que varios aviones del ejército sobrevolaron a toda la zona de Monte de Chila durante el ataque; sin embargo, argumentaron que los aviones estaban haciendo labores de reconocimiento, y ninguno recordaba que hubieran lanzado bombas o napalm.⁸¹ Poco después del ataque, un helicóptero del ejército aterrizó en el pueblo de Buenos Aires. El general Eusebio González Saldaña bajó del aparato y pasó los días siguientes organizando operaciones de seguimiento.⁸²

⁷⁷ AGN, Dirección Federal de Seguridad (DFS), exp. 100-19-1-70, H 149, L 21. 28 de enero de 1970.

⁷⁸ BARTRA, *Los nuevos herederos*, p. 29.

⁷⁹ TIBÓN, *Pinotepa Nacional*, 138-140; *Oaxaca Gráfico* (9 dic. 1954). Unos 20 años antes, en 1949, los pobladores que lincharon a una patrulla del ejército y a un inspector veterinario evitaron por poco correr la misma suerte. RODRÍGUEZ QUINTANA, *¡Ellos fueron!*, p. 185.

⁸⁰ WICKHAM-CROWLEY, “Terror and Guerilla”, p. 211.

⁸¹ Entrevista con Pablo Cruz, noviembre 2023.

⁸² Entrevista con Erasto Avilés, noviembre 2023.

Tras el conflicto inicial, los soldados permanecieron en Monte de Chila durante tres meses. Colocaron guardias en todas las entradas a la meseta y prohibieron a los lugareños visitar la zona. Según el único superviviente de la masacre que conseguimos entrevistar, los soldados habían encontrado una lista, confeccionada por uno de los dirigentes de Isauro Villalba, de todos los jornaleros que habían solicitado tierras.⁸³ A su regreso a Xicotepec, hicieron que estudiantes de la escuela local de secretariado hicieran varias copias de la lista.⁸⁴ A continuación, escuadrones de soldados se desplegaron por la zona para localizar y detener a los nombrados. En algunos pueblos fueron casa por casa. En otros, reunieron a los vecinos en la plaza principal y les pidieron que denunciaran a los ocupantes ilegales.⁸⁵ Sólo en Buenos Aires detuvieron al menos a cinco hombres.⁸⁶

¿A CUÁNTOS MATARON?

Evaluar a cuántos paracaidistas mató el ejército en Monte de Chila el 28 de enero es quizá la tarea más difícil y delicada de todas. Los historiadores de la América Latina moderna no son ajenos a las controversias sobre el número de víctimas mortales de la violencia estatal. Aparte de la obstrucción oficial y de las dificultades técnicas del trabajo forense, estos recuentos plantean cuestiones políticas delicadas sobre a qué víctimas hay que dar prioridad y dónde está la línea que separa la represión política de la brutalidad policial cotidiana.⁸⁷ En México,

⁸³ Entrevista con Alfonso Rodríguez en OLIVO VÁZQUEZ, “Y por la tierra la vida”.

⁸⁴ Entrevista con Marcelina Sampayo, noviembre 2023.

⁸⁵ Entrevista con Esteban Calles, noviembre 2023; Entrevista con José García, noviembre 2023; Entrevista con Graciela Calleja, noviembre 2023.

⁸⁶ Entrevista con Erasto Avilés, noviembre 2023.

⁸⁷ BRYSK, “The Politics of Measurement”; TATE, *Counting the Dead*; PEREIRA, “Progress or perdition?”.

incluso la emblemática matanza de Tlatelolco ha producido estimaciones de víctimas muy dispares. En el caso de Monte de Chila, las perspectivas del trabajo forense no son prometedoras. El ejército dejó los cadáveres de los ocupantes esparcidos por la ladera durante tres meses, mientras los soldados montaban guardia. Los entierros fueron imposibles. También lo fueron los rituales posteriores al entierro que tradicionalmente tienen lugar en las comunidades totonacas 80 días después de la muerte de alguien.⁸⁸

El registro documental contiene dos evaluaciones impresas del número de muertos. En su comunicado de prensa del 29 de enero de 1970, el ejército afirmó que había matado a 20 de los presos que se habían fugado de la cárcel de Xicotepec.⁸⁹ Sorprendentemente, dos años después de la masacre, algunos de los antiguos dirigentes de Monte de Chila hicieron una estimación similar: 18. Quince de ellos, afirmaron, fueron asesinados el 28 de enero; otros tres cinco días después.⁹⁰

Sin embargo, ninguna de estas estimaciones tan bajas es del todo creíble. En primer lugar, ni el ejército ni los supervivientes incluyeron a mujeres o niños entre los muertos. Muchos testigos de la masacre afirmaron haber visto mujeres y niños entre los cadáveres. “Pudimos ver la matanza de familias, niños, animales, todo el mundo [...] bajo los árboles estaban los cuerpos de niños, de familias enteras.”⁹¹ Un antiguo arriero afirmó que el 28 de enero vio a una mujer bajando por la ladera de la meseta con un bebé abrazado a su pecho. Su ropa estaba roja de sangre. Ella y el bebé llegaron al pie de la colina, pero murieron poco después.⁹² En segundo lugar, nuestros entrevistados mencionaron

⁸⁸ RAMÍREZ MELGAREJO, *La política del Estado*, p. 228.

⁸⁹ *Ovaciones* (29 ene. 1970).

⁹⁰ AGN, SEDENA, Garantías, c. 98, exp. 545-1971, CEA al gobernador O’Farrill, 6 de julio de 1972.

⁹¹ YANEZ RIZO, *Historia viva*, pp. 47-48.

⁹² Entrevista con Pablo Cruz, noviembre 2023.

múltiples víctimas que no aparecían ni en las estimaciones del ejército ni en las de los líderes agraristas supervivientes. Incluyen al agitador de la CCI, Bernardino Villordo (supuestamente ejecutado por el ejército y lanzado a la cascada de Tambortitla), uno de los pistoleros de Idelfonso (Jorge Muñoz), y dos rancheros y su trabajador (Alejandro Cano, Agustín Cano y Carlos Jiménez, muertos erróneamente por el ejército).⁹³

En tercer lugar, varios entrevistados declararon haber visto los restos de más de 20 personas. Ángel Vázquez, un arriero que cruzó la meseta en cuanto se marchó el ejército, dijo que vio “entre 30 y 40 cadáveres en la carretera, en cuanto a los de abajo de la montaña, ¿quién sabe?”.⁹⁴ Juan Díaz, que se coló en las ruinas de la comunidad para robar maíz mientras los soldados aún estaban presentes, dijo que vio docenas de mujeres y niños muertos. “Me sentí fatal, porque apestamos más que los animales. No podía soportar el olor. Se llama ‘pux’ en totonaca; apestaban”.⁹⁵ Tal vez el testimonio más impactante vino de un maestro local, Ernesto Gómez. Entonces todavía alumno, atravesó la meseta tres años después de la masacre camino de una nueva escuela.

Como no enterraban a los muertos, los esqueletos se quedaban allí. Hay gente malvada a la que le gusta bromear. Colocaron los esqueletos en postes, así que caminamos una buena distancia en medio de los esqueletos. A algunos los habían atado vivos y luego los golpearon y fusilaron. El arriero con el que viajaba me dijo: “No tengas miedo, aquí hubo muertos, aquí los mataron”. Yo tenía 12 años. Tenía miedo, pero le dije: “No, no tengo miedo”. Pero era un cementerio, sólo huesos y huesos y huesos por todas partes.⁹⁶

⁹³ Entrevista con Esteban Calles, noviembre 2023; Entrevista con Alfonso Hernández, marzo 2024; Entrevista con José Pablo, noviembre 2024.

⁹⁴ Entrevista con Carlos Sáenz, noviembre 2023.

⁹⁵ Entrevista con Juan Díaz, noviembre 2023.

⁹⁶ Entrevista con Ernesto Gómez, noviembre 2023.

Antonio Bustamante, que trabajaba como peón para uno de los ganaderos de la zona, recordaba que los huesos “se extendían por toda la finca, estaban allí en el suelo esparcidos. A todos los que mataban, nadie los enterraba, así que los trabajadores recogían los huesos y los amontonaban”. Finalmente, el rancharo pidió al sacerdote que fuera a celebrar una misa en sus campos para que los espíritus de los muertos “no hicieran daño a sus animales”.⁹⁷

Durante las entrevistas era común la referencia a la muerte, mencionaban que el clima cálido enfatizaba el olor de los cadáveres que yacían sobre Monte de Chila, la putrefacción se apoderó de los cuerpos, excepto de su vestimenta. El olor perduró en la meseta. La orden fue dejar los cuerpos abandonados, en cada entrada había soldados, por lo que era imposible huir para los campesinos que se quedaron escondidos en Monte de Chila y los que llegaron a escapar fueron perseguidos y buscado en las comunidades aledañas.⁹⁸ La población se intimidó, nunca habían visto el desplazamiento de batallones por sus comunidades. La deshumanización hacia los cuerpos putrefactos de la meseta de Chila también fue parte del escarmiento. Esqueletos a la intemperie de posibles jornaleros campesinos, delincuentes, asesinos y gavilleros aún permanecen sin nombre, sin identificación.

La pregunta sigue siendo: ¿por qué los dirigentes campesinos supervivientes redujeron el número de muertos? Dos razones parecen plausibles. En primer lugar, simplemente no lo sabían. Muchos de los ocupantes ilegales no procedían de los pueblos originales de Francisco Osorno y Buenos Aires, sino de docenas de pueblos de toda la meseta. Era especialmente improbable que conocieran los nombres de las mujeres y los niños recién llegados. Además, a principios de 1970 parece que había importantes tensiones entre los campesinos radicales, que querían una huelga

⁹⁷ Entrevista con Antonio Bustamante, noviembre 2023.

⁹⁸ Entrevista con Antonio Bustamante, noviembre 2023.

de alquileres, y muchos de los otros ocupantes que estaban contentos de seguir pagando rentas a los rancheros.⁹⁹ En segundo lugar, puede ser que la lista de supervivientes se acortara deliberadamente. A lo mejor los supervivientes no querían incluir los nombres de traficantes de armas de la CCI (como Bernardino Villordo) o los antiguos pistoleros de Idelfonso Sánchez Márquez (como Jorge Muñoz). Además, tenían sus propios motivos para restar importancia a las cifras y no avergonzar al gobierno. En 1972, cuando escribieron su versión de la historia, los supervivientes se habían trasladado de la rama radical de la CCI a otra organización campesina, la UGOCM (Unión General de Obreros y Campesinos de México). La UGOCM estaba mucho más cerca del gobierno federal —encabezado ahora, por supuesto, por el presidente Luis Echeverría— y al año siguiente firmaría un pacto de solidaridad con el Estado.¹⁰⁰ Para 1975 su alianza había rendido frutos y varios de ellos, junto con otros sobrevivientes de Monte de Chila, recibieron una parcela ejidal en las remotas selvas de Campeche, cerca de la frontera con Guatemala.¹⁰¹

Si las estimaciones más bajas no cuadran, las más altas también parecen algo exageradas. Un par de nuestros entrevistados, incluido un hombre que estaba allí en Monte de Chila durante el ataque, pensaban que el ejército asesinó a “cientos”. Pero no pudieron hacer una estimación concreta. Otro hombre, sin embargo, sí lo hizo: un sacerdote, Gustavo Rodríguez Zárate. Acostumbrado a viajar por la Sierra en sus descansos del seminario, llegó a la región de Monte de Chila en Semana Santa, tres meses después de la masacre. Fue en un libro de sus enseñanzas publicado en 1994 donde acusó por primera vez al ejército de matar a 300 hombres, mujeres y niños en Monte de Chila.¹⁰²

⁹⁹ Entrevista con Alfonso Rodríguez en OLIVO VÁZQUEZ, “Y por la tierra la vida”.

¹⁰⁰ BARTRA, *Los nuevos herederos*, pp. 123-124.

¹⁰¹ *Periódico Oficial del Gobierno Constituyente de Campeche* (10 sep. 1975).

¹⁰² RODRÍGUEZ ZÁRATE, *Desde el morral*, p. 16.

Afirmó que la masacre le empujó a abrazar la teología de la liberación. Pero pocos años antes de su muerte, en 2021, concedió otras dos entrevistas más centradas. En una de ellas describió cómo se encontró con los cadáveres mientras caminaba por la meseta.

Estaban destrozados, abiertos, destruidos. La carroña, los buitres y los cuervos eran lo peor, pero también había jabalíes, perros y gatos salvajes. Habían quemado las casas, todas las chozas improvisadas que había en el asentamiento, incluso habían quemado a los niños que había dentro.¹⁰³

En la otra entrevista explicó cómo había averiguado el número de muertos. En las semanas siguientes a su macabro descubrimiento, había visitado los pueblos del sur de la meseta y pedido a los lugareños que hicieran una lista de los desaparecidos. Llegó a la cifra de 350. En los meses siguientes, algunos regresaron, pero él seguía manteniendo que 322 habían muerto en el ataque del ejército al campamento.¹⁰⁴

La estimación de Rodríguez es asombrosa. De ser cierta, situaría al Monte de Chila muy por encima de la escala de cualquier matanza mexicana contemporánea, situando la masacre en el mismo rango que el pogromo antichino de Torreón de 1911 y las de la Guatemala de la época de la Guerra Fría.¹⁰⁵ Sin embargo, también hay algunos problemas con su evaluación. En México, las masacres de Estado ocurren lejos de los principales centros de población y entre los sectores más pobres de la sociedad. Ése es el objetivo de este artículo. Pero es difícil creer que el ejército pudiera asesinar a más de 300 personas a sangre fría sin que ningún delator militar, maestro local entrometido

¹⁰³ Entrevista con Alfonso Rodríguez en OLIVO VÁZQUEZ, “Y por la tierra la vida”.

¹⁰⁴ <https://www.facebook.com/LuisSorianoVC/videos/668221827248473/>

¹⁰⁵ HERBERT, *La casa del dolor ajeno*.

o intrépido trabajador de los derechos indígenas tomara nota. Además, si el ejército cometió una venganza tan desproporcionada contra los ocupantes ilegales de Monte de Chila, ¿habrían detenido posteriormente a decenas de supervivientes y luego los habrían dejado libres (como hicieron con uno de nuestros testigos, Alfonso Rodríguez)?¹⁰⁶ Por último, tal estimación presupone que casi todos los paracaidistas fueron asesinados. Sin embargo, sabemos que al menos algunos –incluidos los dirigentes– consiguieron huir.

En consecuencia, creemos que el ejército mató muy probablemente entre 40 y 80 de los ocupantes ilegales: un saldo mayor que los 18 campesinos radicales, varones y adultos enumerados dos años después por los propios líderes agraristas de la comunidad; pero mucho menos que la matanza sin precedente que el padre Gustavo Rodríguez Zárate esbozó en sus escritos y entrevistas. Este rango de entre 40 y 80 cuadra con lo afirmado por la mayoría de nuestros entrevistados. Es más o menos lo que sugirió el jefe de policía del cercano pueblo de Chicontla.¹⁰⁷ Y fue la cifra que otro cura, esta vez el párroco de Chicontla, garabateó en su diario parroquial. Él no tenía motivos para mentir; mencionó que muchos de los ocupantes ilegales huyeron de la matanza; recibió informes inmediatos de la masacre por parte de los lugareños; y él –quizá más que la mayoría de los lugareños– habría estado en buena posición para calcular cuántos de sus feligreses habían desaparecido.

El 28 de enero, el ejército con varios generales planeaba su ataque para vengarse de la sangre de sus hermanos caídos. La mayoría de los rebeldes huyeron al saber por sus espías que el ejército había llegado. El ejército partió al día siguiente, no sabemos a cuántos

¹⁰⁶ *Novedades de Puebla* (26 feb. 1970).

¹⁰⁷ Miguel Ángel Andrade Rivera, “Monte de Chila: a los verdes se les respeta”, *Hipócrita Lector* (1^a feb. 2023). <https://hipocritalector.com/portada/monte-de-chila-a-los-verdes-se-les-respeta/>

fueron a matar, todavía algunos dicen que alrededor de 80, los rebeldes fueron acorralados por tierra y aire.¹⁰⁸

Sin embargo, hay que decir que sin la apertura de los archivos militares ni el despliegue de servicios forenses adecuados (que siguen esperando las familias de los cientos de miles de mexicanos desaparecidos en las dos últimas décadas, por no hablar de las víctimas de conflictos anteriores), tal cifra no pasa de ser una estimación.

CONCLUSIONES

El 28 de enero de 1970 hubo una masacre en Monte de Chila. En las primeras horas de la mañana, soldados probablemente mataron a tiros entre 40 y 80 campesinos totonacas y sus familias más unos cuantos agraristas radicales y bandidos sociales especialistas en el abigeato. ¿El motivo? Venganza por la muerte de tres soldados y un policía cuatro días antes. Como tal, los asesinatos constituyen uno de los peores ejemplos de violencia respaldada por el Estado en la historia mexicana posrevolucionaria, peor que Iguala 1962 (7 muertos), Atoyac 1967 (7 muertos), Acapulco 1967 (entre 23 y 40 muertos), Tlatelolco 1968 (26 a 31 muertos), el Halconazo (23 muertos) y Aguas Blancas 1996 (17 muertos).¹⁰⁹

Estas otras masacres ya constituyen parte canónico de la Guerra Sucia. Están vinculadas a historias más largas de movilización estudiantil y campesina en Guerrero y la ciudad de México por lo que ameritan capítulos independientes en los informes de las comisiones de la verdad. Pero la masacre de Monte de Chila representa otro tipo de represión estatal, que se produjo con

¹⁰⁸ APC, Libro de Gobierno 2.

¹⁰⁹ RODRÍGUEZ KURI, *Museo del universo*, pp. 315-320; AVIÑA, *Specters of Revolution*, pp. 88-89, 101-102; SOLOMON *et al.*, *Implausible Deniability*. "Informe Histórico a la Sociedad Mexicana", parte 4, p. 200.

frecuencia en México desde la década de 1960 hasta la de 1990. Se trataba de carnicerías rurales aisladas de pueblos predominantemente indígenas cometidas por soldados, policías y pistoleros terratenientes que quedaban fuera de la narrativa de insurgencia y represión de la Guerra Fría. Eran los asesinatos por venganza, por la tierra y por el dominio de las aldeas, que siempre habían tenido lugar, pero que ahora parecen haber aumentado tanto en tamaño como en frecuencia. Incluyen las masacres de Huehuetlán el Chico en 1969 (de 18 a 20 muertos), San Juan Lalana en 1976 (29 muertos), Santiago de los Caballeros en 1978 (12 muertos), Tehuipango en 1980 (de 19 a 23 muertos) y Pantepec (26 muertos).¹¹⁰

Existe, pues, una jerarquía en la conmemoración de las masacres, en la que estas matanzas rurales ocupan el último lugar.¹¹¹ Sin duda, esto se debe en parte al aislamiento y al acceso. La búsqueda de información sobre los sucesos de Monte de Chila fue una tarea ardua y compleja. Pero es difícil no pensar que también se trata de la naturaleza de las víctimas. Los muertos de Tlaxiaco eran estudiantes de clase media; los relatos simpatizantes e izquierdistas inflaron rápidamente su número hasta 200 o 300; en tres años la brillante periodista y escritora Elena Poniatowska había escrito su memoria, y desde entonces las publicaciones sobre el tema no han cesado. Los asesinados en Monte de Chila y en otras matanzas rurales eran campesinos pobres, muchos de los cuales sólo hablaban lenguas indígenas. No tuvieron hagiógrafo, e incluso cuando se les mencionaba en los libros sobre la

¹¹⁰ SMITH, *The Dope*, pp. 295-296; ARENAS AGIS, "Movimiento social"; *Proceso* (5 mar. 1977); "Piden justicia en el 54 aniversario de la masacre en Huehuetlán El Chico", *La Jornada de Oriente* (16 feb. 2023), <https://www.lajornadadeoriente.com.mx/puebla/justicia-54-aniversario-masacre-huehuetlan-el-chico-ordenada-por-rmv/#>; NETZAHUALCOYOTZI y FURLONG, "Organizaciones indígenas", pp. 37-58, 49 np. 67. Sobre el conflicto en la Huasteca véase MATÍAS ALONSO, "La tropa"; SCHRYER, *Ethnicity and Class*.

¹¹¹ Sobre el contraste entre el reconocimiento público de la masacre de Tlaxiaco y el papel "liminal" de las víctimas de la contrainsurgencia en Guerrero, véase KARL, "Re-humanizing the Disappeared".

represión gubernamental quedaban relegados a una sola línea o, como en el informe final del Mecanismo para la Verdad, publicado en 2024, hasta se equivocan con el nombre del lugar.

Así, por un lado, la masacre de Monte de Chila encaja perfectamente en la idea de una Guerra Sucia mexicana, pero por el otro sirve para complicar nuestra comprensión de las dinámicas de la violencia del Estado en este periodo. Vicente Camilo ha demostrado que a finales de la década de 1960 surgió un nuevo repertorio de represión: la desaparición forzada sistemática de rebeldes y disidentes, administrada a través de una serie de centros de detención clandestinos y acuerdos interinstitucionales secretos.¹¹² En la Sierra Norte de Puebla (y probablemente en muchos otros lugares también), es difícil encontrar una ruptura táctica más clara entre las formas más tradicionales y las más recientes de violencia estatal. Después de todo, las tradiciones de castigo colectivo del ejército mexicano estaban firmemente establecidas. En la década de 1920 encontramos pueblos enteros aniquilados por albergar bandidos o rebeldes antigubernamentales.¹¹³ En 1929, los habitantes de Chihuitán, Oaxaca, asesinaron a un coronel del ejército. En represalia, el general Alejandro Mange asesinó a entre 29 y 33 personas, entre ellas 11 niños. Incluso en las décadas de 1940 y 1950, los pueblos pobres, aislados y a menudo indígenas que atacaban a las patrullas militares se enfrentaban a represalias localizadas pero feroces que dejaban decenas de víctimas. Además, estas operaciones a menudo no se limitaban a hacer desaparecer a las víctimas, sino más bien a exhibirlas ante un público local cuidadosamente seleccionado: los cadáveres se dejaban colgados de los árboles o se exponían

¹¹² OVALLE, "Estado".

¹¹³ Para los muchos ejemplos de comunidades indígenas del occidente de México que fueron quemadas por las fuerzas del Estado mexicano por ofrecer apoyos a rebeldes cristeros entre 1927 y 1929 y otra vez entre 1934 y 1939, véase MORRIS, *Soldiers, Saints and Shamans*.

en plazas públicas.¹¹⁴ En otras palabras, los militares esperaban poder cuidar de los suyos (y especialmente de sus oficiales comisionados), y sabían cómo utilizar la violencia espectacular para inducir el terror en aquellos a los que pretendían controlar. Sin embargo, por muy arraigadas que estuvieran estas tradiciones, la gran escala de la operación de Monte de Chila, el grado de coordinación que requirió entre las fuerzas aéreas y terrestres, y el aparente cuidado que se tuvo para cubrir sus huellas, también parece algo novedoso —el resultado, quizá, de una nueva paranoia sobre el foquismo de inspiración cubana, y la determinación de los militares de retirarse de las ciudades tras la masacre de Tlatelolco de 1968 y reafirmarse con renovada fuerza en el campo—. Es posible que Monte de Chila fuera una especie de laboratorio, una especie de puente operativo entre las antiguas tradiciones de castigo colectivo y el tipo de contrainsurgencia a gran escala, por tierra y aire, que pronto se utilizaría contra las guerrillas campesinas en Guerrero.

La masacre de Monte de Chila también sugiere una geografía alternativa de la Guerra Sucia en México. Hasta la fecha, la mayoría de los historiadores se han centrado en los ciclos de rebelión y represión en el occidente de México, donde se produjeron insurrecciones rurales a gran escala (como en Guerrero) u ostentosas actividades guerrilleras urbanas (como en Culiacán o Guadalajara). Sin embargo, hacia el oriente en Puebla, Hidalgo, Veracruz y los distritos más septentrionales de Oaxaca se registraron pautas similares de tensiones rurales, insurrección armada y violencia estatal.¹¹⁵ Pero también había diferencias. Aquí, en general, los levantamientos campesinos fueron más

¹¹⁴ Para varios ejemplos: RATH, "Camouflaging", p. 102; RATH, *The Dread Plague and the Cow Killers*, pp. 129-135; Gutierre Tibón, *Pinotepa Nacional*.

¹¹⁵ ARENAS AGIS, "Movimiento social"; SCHRYER, *Ethnicity and Class*; Miguel Ángel Rivera, "Un gobernador al que no le importan los muertos", *Proceso*, 18 (5 mar. 1977), pp. 8-11; ALARCÓN CAMPOS, "Violencia y resistencia"; DE TERESA OCHOA, "Movimiento campesino".

localizados que las versiones del occidente. Ninguna consiguió ganar cientos de seguidores (como el Partido de los Pobres), o una red de adeptos estudiantiles afines (como la Liga Comunista 23 de Septiembre). Además, solían estar menos conectados con los movimientos nacionales de izquierda y con sus (muy limitados) seguidores en la prensa.¹¹⁶ Como resultado, la represión militar, como la de Monte de Chila, era a menudo más fácil de ocultar a los periódicos o a los inquisitivos agentes del gobierno.

El caso de Monte de Chila también nos dice algo más incómodo sobre el vínculo entre crimen y movilización social. Los campesinos sobrevivientes se empeñaron en restarles importancia a los crímenes de algunos de sus compañeros precaristas. En su carta de 1972 al gobierno, calificaron tales acusaciones de “calumnias”. Del mismo modo, los familiares de los guerrilleros muertos siguen refutando las acusaciones de haber matado a policías y soldados pobres. Algo de cierto hay en todo esto. En términos comparativos, al igual que en lugares como Guatemala, no cabe duda de que el Estado fue mucho más sangriento que los insurgentes. Pero para entender la dinámica de lo que ocurrió en el campo mexicano en los años sesenta hasta los noventa, también es importante reconocer el papel que jugaron el crimen y la violencia en la movilización social. Sin duda, parte de esta violencia fue defensiva, una respuesta a las fuerzas de la contrarrevolución.¹¹⁷ Pero como observó Paul Friedrich en Michoacán, algunos líderes de los movimientos campesinos mexicanos se comportaban como delincuentes violentos también. Crecieron en lugares donde la violencia y, en particular, los tiroteos, eran una forma de vida. Era la manera de conseguir lo que se quería. Se enfrentaron a las viejas jerarquías de los pueblos, a las sutiles gradaciones de poder y respeto, y a las aburridas y tediosas

¹¹⁶ Los guerrilleros de Guerrero, por ejemplo, tuvieron el apoyo de los periodistas de la revista *Por Qué*. SMITH, *The Mexican Press*, cap. 4.

¹¹⁷ JOSEPH Y GRANDIN, *A Century of Revolution*.

tradiciones de sus comunidades.¹¹⁸ Igual que los ocupantes ilegales de Monte de Chila, se negaban a contribuir a las faenas, huían al monte, robaban para comer y mataban por respeto, por venganza, por poder y, a veces, simplemente porque podían.

Esto nos lleva al último punto, quizá el más controvertido. No cabe duda de que la violencia desquiciada del ejército impidió que muchos habitantes de Monte de Chila hablaran de la masacre. También lo ha hecho la narrativa nacional predominante de la Guerra Fría mexicana, que favorece las insurgencias guerrilleras formales frente a los levantamientos campesinos. Pero las formas locales de recordar también han desempeñado un papel en la supresión de las realidades confusas y a veces incómodas de lo que ocurrió en Monte de Chila. Para muchos de los dirigentes radicales supervivientes, la masacre fue algo a lo que restar importancia y, en última instancia, olvidar una vez que se unieron a la UGOCM y poco después recibieron tierras por parte del gobierno en otra selva a miles de kilómetros del sitio de la masacre de Monte de Chila. Un silencio estudiado trajo recompensas.¹¹⁹

Mientras tanto, para los rancheros que aún dominan la política en la región, prevalece una lógica diferente del olvido. En su versión de la historia, los campesinos que invadieron las tierras de Monte de Chila habían empezado a desgarrar el marco de la economía moral de la zona. A finales de la década de 1960, se negaron a participar en la faena; instigaron una huelga de rentas; robaron dinero de las élites y hasta mataron para obtener beneficios económicos. Cuando el ejército llegó y mató a tantos de ellos, fue una rectificación de la economía moral, una especie de linchamiento masivo vestido de caqui.¹²⁰ Si los soldados mataban a los paracaidistas, fue porque éstos eran culpables: no

¹¹⁸ FRIEDRICH, *The Princes of Naranja*; PICCATO, *Historia mínima de la violencia*, pp. 24-44

¹¹⁹ *Periódico Oficial del Gobierno Constituyente de Campeche* (10 sep. 1975).

¹²⁰ KLOPPE-SANTAMARÍA, *In the Vortex of Violence*.

fue una masacre, sino justicia. Lo más triste es que esta manera de pensar sobre las víctimas de la violencia sigue siendo muy arraigada en el México de hoy, y no sólo entre rancheros en los rincones rurales más aislados del país, sino también en las grandes ciudades, en las salas donde se reúnen los políticos y hasta en las universidades. Aquí, los muertos “respetables”, incluidos estudiantes y profesores en prácticas, generan vastas campañas a escala nacional, interés internacional y extensas (aunque totalmente defectuosas) investigaciones oficiales. Mientras que el lumpen narcoproletario, como los 42 jóvenes asesinados a sangre fría en 2015 por la policía federal y un helicóptero artillado en Tlanhuato, Michoacán, son olvidados tan rápidamente como los cadáveres de los campesinos aniquilados por el ejército en Monte de Chila aquel día de 1970.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AGA	Archivo General Agrario, Ciudad de México, México.
AGN	Archivo General de la Nación, Ciudad de México, México.
AHINPI	Archivo Histórico del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, Ciudad de México, México.
APC	Archivo Parroquial de Chicontla, Jolapa, Puebla, México.

ACUÑA, René, *Relaciones geográficas del siglo XVI, Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, 2 tomos.

AGUAYO, Sergio, *La Charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México*, México, Ink, 2014.

AHMED, Azam, *Fear is Just a Word: A Missing Daughter, a Violent Cartel and a Mother's Quest for Vengeance*, Gran Bretaña, Fleet, 2023.

ALARCÓN CAMPOS, Gerardo, “Violencia y resistencia: la guerrilla en Veracruz, 1970-2016”, tesis de licenciatura en Sociología, Jalapa, Universidad Veracruzana, 2020.

ARENAS AGIS, Gloria, “Movimiento social y masacre de Tehuipango, Veracruz, 1976-1980: una historia oral”, tesis de licenciatura en Historia, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.

AVIÑA, Alexander, "Grupo Sangre: Drugs, Death Squads, and the Dirty War Origins of Mexico's Drug Wars", en PANSTERS y SMITH (eds.), 2022, pp. 263-286.

AVIÑA, Alexander, *Specters of Revolution. Peasant Guerrillas in the Cold War Mexican Countryside*, Nueva York, Oxford University Press, 2014.

BARTRA, Armando, *Los nuevos herederos de Zapata. Campesinos en Movimiento, 1920-2012*, México, Coordinadora Nacional Plan de Ayala, Partido de la Revolución Democrática, Secretaría de Trabajadores del Campo, Desarrollo Rural y Pueblos indios, Circo Maya, 2012.

BELLINGERI, Marco, *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres: ensayos de guerrilla rural en el México contemporáneo, 1940-1974*, México, Casa Juan Pablos, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, 2003.

BOBROW-STRAIN, Aaron, "Between a Ranch and a Hard Place: Violence, Scarcity and Meaning in Chiapas, Mexico", en PELUSO y WATTS (eds.), 2001.

BRAVO MARENTES, Carlos, *Arrieros somos...: el sistema de arriería de la Sierra Norte de Puebla*, México, Dirección General de Culturas Populares, Unidad Regional Puebla, 1986.

BRYSK, Alison, "The Politics of Measurement: The Contested Count of the Disappeared in Argentina", en *Human Rights Quarterly*, 16 (1994), pp. 676-692.

CASTELLANOS, Laura, *México armado, 1943-1981*, México, Era, 2007.

CEDILLO, Adela, "Perspectiva comparativa de las llamadas guerras sucias en América Latina y México", en *Historia Mexicana*, LXXIV: 1 (293) (jul.-sep. 2024), pp. 171-222.

CEDILLO, Adela, "Memorias y desmemorias de la guerra sucia mexicana", en *Revista Presente* (8 ago. 2022). <https://revistapresente.com/expediente/memorias-y-desmemorias-de-la-guerra-sucia-mexicana/>

CEDILLO, Adela y Fernando CALDERÓN, "Introduction: The Unknown Mexican Dirty War", en CEDILLO y CALDERÓN (eds.), 2011, pp. 1-18.

CEDILLO, Adela y Fernando CALDERÓN, "Análisis de la producción historiográfica en torno a la 'guerra sucia' mexicana", en OIKIÓN SOLANO, REY TRISTÁN y LÓPEZ ÁVALOS (coords.), 2014, pp. 263-288.

CEDILLO, Adela y Fernando CALDERÓN (eds.), *Challenging Authoritarianism in Mexico: Revolutionary Struggles and the Dirty War, 1964-1982*, Nueva York, Routledge Books, 2011.

CONDÉS LARA, Enrique, *Represión y rebelión en México (1959-1985)*, 2 vols. México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Miguel Ángel Porrúa, 2007.

DE TERESA OCHOA, Ana Paula, “Movimiento campesino y lucha armada en México. La presencia de la guerrilla de el ‘Güero’ Medrano en la Sierra Chinanteca de Oaxaca 1976-1979”, en *LiminaR*, 22: 1 (ene.-jun. 2024).

DUQUESNOY, Michel, “‘Cuando ardía La Huasteca’: José Zúñiga Flores, defensor agrario de la Central Campesina Independiente, México (1963-1986)”, en *Cuadernos de Historia*, 41 (2014), pp. 133-154.

FALCÓN, Romana, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984.

FALLAW, Ben y David NUGENT (eds.), *State Formation in the Liberal Era: Capitalisms and Claims of Citizenship in Mexico and Peru*, Tucson, University of Arizona Press, 2020.

FRIEDRICH, Paul, *The Princes of Naranja. An Essay in Anthrohistorical Method*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, *Los pueblos de la Sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987.

GILLINGHAM, Paul y Benjamin T. SMITH (eds.), *Dictablanda: Politics, Work, and Culture in Mexico, 1938-1968*, Durham, Duke University Press, 2014.

GILLINGHAM, Paul, Michael LETTIERI y Benjamin T. SMITH (eds.), *Journalism, Satire, and Censorship in Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2018.

GORTARI KRAUSS, Ludka de y Jesús RUVALCABA MERCADO (coords.), *La Huasteca: vida y milagros*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1990.

GRANDIN, Greg, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, Chicago, University of Chicago, 2011.

GREENBERG, James, *Blood Ties: Life and Violence in Rural Mexico*, Tucson, University of Arizona Press, 1989.

HENDERSON, Timothy J., "Rural Unrest and Political Control: The Destruction of the Central Campesina Independiente, 1962-1967", en *The Latin Americanist*, 58: 1 (mar. 2014), pp. 3-12.

HERBERT, Julián, *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*, México, Random House, 2016.

HOBBSBAWM, Eric, *Bandits*, Nueva York, Abacus, 2001.

Informe final del Mecanismo para la Verdad y el Esclarecimiento Histórico, "Fue El Estado", México, Comisión para el acceso a la Verdad, el Esclarecimiento Histórico y el Impulso a la Justicia de las Violaciones Graves a los Derechos Humanos Cometidas de 1965 a 1990, 2024, 5 tomos.

Informe Histórico a la Sociedad Mexicana, México, Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, 2006.

JOSEPH, Gilbert M. y Greg GRANDIN, *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence during Latin America's Cold War*, Durham, Duke University Press, 2010.

KARL, Sylvia, "Re-humanizing the Disappeared: Spaces of Memory in Mexico and the Liminality of Transitional Justice", en *American Quarterly*, 66: 3 (2014), pp. 727-748.

KINGSTON, Peter y Timothy POWER (eds.), *Democratic Brazil Divided*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2017.

KLOPPE-SANTAMARÍA, Gema, *In the Vortex of Violence: Lynching, Extralegal Justice, and the State in Post-Revolutionary Mexico*, Berkeley, University of California Press, 2020.

KNIGHT, Alan, *Bandits and Liberals, Rebels and Saints: Latin America since Independence*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2022.

MARTÍNEZ SALDAÑA, Tomás, "El caso de los finqueros cafeticultores de Zihuateutla, Pue. Nuevos sistemas agrícolas capitalistas en México", en MORENO GARCÍA (coord.), 1982.

MASFERRER KAN, Elio, “Campesinización y expansión capitalista: los cafe-cultores de la Sierra Norte de Puebla”, en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, 50-51 (1981), pp. 32-42.

MASFERRER KAN, Elio, “Los indios del norte del estado de Puebla”, en MASFERRER, VENCES RUIZ, BARRANCO TORRES, DÍAZ BRENIS y MONDRAGÓN MELO, 2003, pp. 8-11.

MASFERRER KAN, Elio, Georgina VENCES RUIZ, Norma BARRANCO TORRES, Elizabeth DÍAZ BRENIS y Jaime MONDRAGÓN MELO, *Etnografía del estado de Puebla*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, 2003.

MATÍAS ALONSO, Marcos, “La tropa en la historia de México y en las Huastecas. Su intervención en los conflictos agrarios”, en GORTARI KRAUSS y RUVALCABA MERCADO (coords.), 1990, pp. 157-184.

MCCORMICK, Gladys, “The Last Door: Political Prisoners and the Use of Torture in Mexico’s Dirty War”, en *The Americas*, 74: 1 (ene. 2017), pp. 57-81.

MENDOZA GARCÍA, Jorge, Marisol LÓPEZ MENÉNDEZ y Amílcar CARPIO PÉREZ, *10 de junio no se olvida. Organización estudiantil, narraciones y memoria del Halconazo de 1971*, México, Universidad Iberoamericana, 2022.

MONTEMAYOR, Carlos, *La violencia de estado en México: antes y después de 1968*, México, Debate, 2010.

MORENO GARCÍA, Heriberto (coord.), *Después de los latifundios*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1982.

MORRIS, Nathaniel, *Soldiers, Saints and Shamans: Indigenous Communities and the Revolutionary State in Mexico’s Gran Nayar, 1910-1940*, Tucson, University of Arizona Press, 2020.

NAVARRETE GORJÓN, Hilda, Pilar NORIEGA GARCÍA, José Enrique GONZÁLEZ RUIZ, Nicomedes FUENTES GARCÍA, Apolinar Arquímedes MORALES CARRANZA, “Informe Final de Actividades”, Comisión de la Verdad del Estado de Guerrero (COMVERDAD), 2014.

NETZAHUALCOYOTZI, Raúl y Aurora FURLONG, “Organizaciones indígenas y defensa del territorio en la Sierra Norte de Puebla”, en *Vínculos*, 12: 18 (ene.-jun. 2021), pp. 37-58.

OIKIÓN SOLANO, Verónica y Miguel Ángel URREGO ARDILA (eds.), *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010.

OIKIÓN, Verónica y Marta Eugenia GARCÍA UGARTE (eds.), *Movimientos armados en México, siglo XX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2006, 3 tomos.

OIKIÓN SOLANO, Verónica, Eduardo REY TRISTÁN y Martín LÓPEZ ÁVALOS (coords.), *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996): Estado de la cuestión*, México, El Colegio de Michoacán, Universidad de Santiago de Compostela, 2014.

OLIVO VÁZQUEZ, Itzel Adelita, “Y por la tierra la vida: Monte de Chila y el inmutable silencio”, tesis de maestría en Historia, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2020.

OVALLE, Camilo Vicente, *Instantes sin historia. La violencia política y de Estado en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2023.

OVALLE, Camilo Vicente, “Estado y represión en México: una historia de la desaparición forzada, 1950-1980”, tesis de doctorado en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.

PADILLA, Tanalís, *Rural Resistance in the Land of Zapata: The Jaramillista Movement and the Myth of the Pax Priista, 1940-1962*, Durham N.C., Duke University Press, 2008.

PANSTERS, Wil y Benjamin T. SMITH (eds.), *Histories of Drug Trafficking in Twentieth-Century Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2022.

PAXMAN, Andrew, “Changing Opinions in *La Opinión*: Maximino Ávila Camacho and the Puebla Press, 1936-1941”, en GILLINGHAM, LETTIERI y SMITH (eds.), 2018, pp. 83-104.

PELUSO, Nancy Lee y Michael WATTS (eds.), *Violent Environments*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.

PEREIRA, Antony W., “Progress or perdition? Brazil’s National Truth Commission in Comparative Perspective”, en KINGSTON y POWER (eds.), 2017, pp. 152-157.

PICCATO, Pablo, *Historia mínima de la violencia en México*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2022.

RAMÍREZ, Jorge, "Indigenous Worldmaking in a World of Crisis: Race and the Making of the Migrant Circuit between Southern Mexico and the US/Mexican Pacific Coast, 1968-1994", tesis de doctorado San Diego, University of California, San Diego, 2021.

RAMÍREZ MELGAREJO, Ramón, *La política del Estado mexicano en los procesos agrícolas y agrarios de los totonacos*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 2002.

RATH, Thomas, *The Dread Plague and the Cow Killers: The Politics of Animal Disease in Mexico and the World*, Nueva York, Cambridge University Press, 2022.

RATH, Thomas, "Camouflaging the State: The Army and the Limits of Hegemony in PRIista Mexico, 1940-1960", en GILLINGHAM y SMITH (eds.), 2014, pp. 89-107.

RODRÍGUEZ KURI, Ariel, *Historia mínima de las izquierdas en México*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2021.

RODRÍGUEZ KURI, Ariel, *Museo del universo. Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2019.

RODRÍGUEZ QUINTANA, Benito, *¡Ellos fueron!*, México, Palabras Palibros, 2012.

RODRÍGUEZ ZÁRATE, Gustavo, *Desde el morral (apuntes de pastoral popular)*, Puebla, s.e., 1994.

SCHERER, Julio y Carlos MONSIVÁIS, *Los patriotas. De Tlatelolco a la guerra sucia*, México, Aguilar, 2004.

SCHRYER, Frans, *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

SCOTT, James C., *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press, 1976.

SIERRA GUZMÁN, Jorge Luis, *El enemigo interno. Contrainsurgencia y fuerzas armadas en México*, México, Universidad Iberoamericana, Plaza y Valdés, 2003.

SMITH, Benjamin T., *The Dope: The Real History of the Mexican Drug Trade*, Nueva York, WW Norton, 2021.

SMITH, Benjamin T., "Communal work, forced labor, and road building in Mexico, 1920-1958", en FALLAW y NUGENT, 2020, pp. 273-298.

SMITH, Benjamin T., *The Mexican Press and Civil Society, 1940-1976: Stories from the Newsroom, Stories from the Street*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2018.

SOLOMON, Joel *et al.*, *Implausible Deniability. State Responsibility for Rural Violence in Mexico*, Washington, Human Rights Watch/Americas, 1997.

TATE, Winifred, *Counting the Dead: The Culture and Politics of Human Rights Activism in Colombia*, Berkeley, University of California Press, 2007.

TIBÓN, Gutierre, *Pinotepa Nacional, mixtecos, negros y triques*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

TREVIZO, Dolores, *Rural Protest and the Making of Democracy in Mexico, 1968-2000*, University Park, Penn State University Press, 2011, pp. 109-116.

TURATI, Marcela, *San Fernando: última parada. Viaje al crimen autorizado en Tamaulipas*, México, Aguilar, 2023.

VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, Emilia, *Cuando los arrieros perdieron sus caminos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995.

VIII Censo General de Población. 1960, México, Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística, 1962.

VILLAFUERTE SOLÍS, Daniel, María del Carmen GARCÍA y Salvador MEZA, *La cuestión ganadera y la deforestación: viejos y nuevos problemas en el trópico y Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1997.

WICKHAM-CROWLEY, Timothy, "Terror and Guerilla Warfare in Latin America, 1956-1970", en *Comparative Studies in Society and History*, 32: 2 (1990), pp. 201-237.

YANES RIZO, Emma, *Historia viva Ixtepec*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.